

*Laudatio del Prof. Dr. D. José Antonio Alonso Rosdríguez
con motivo de la investidura como Doctor “Honoris
Causa” del Excmo. Sr. D. José Antonio Ocampo*

2 de diciembre de 2014

Querido Rector, querida decana, queridos profesores José Antonio Ocampo y Valpy FitzGerald, autoridades, colegas, amigos y amigas,

Es este un día de celebración colectiva y de satisfacción personal. De celebración colectiva porque hoy la Universidad Complutense se ve honrada con la adscripción a su comunidad académica de dos excelentes economistas, de amplia obra y reconocida proyección internacional. Dos economistas unidos en su afán por comprender el sistema económico internacional y desvelar sus asimetrías. Dos economistas que, en un periodo incierto, de valores declinantes, han sabido poner a la economía al servicio de la sociedad. Es un honor para cuantos formamos parte de este universo académico sentirnos hermanados con tan relevantes profesores. Espero que también para ellos sea un honor pasar a formar parte del cuadro académico de una Universidad, como la Complutense, que ha sido referencia de la vida intelectual española a lo largo de más de cinco siglos de historia.

Celebración colectiva, pero también satisfacción personal. No sólo porque me une a los homenajeados admiración intelectual y una amistad muy sincera, sino también porque esta ceremonia es el final de un proceso que yo mismo puse en marcha cuando era director del Instituto Complutense de Estudios Internacional, como forma de reconocer los méritos académicos atesorados por los profesores Ocampo

y FitzGerald, pero también para agradecer su inspiradora cercanía, su generoso apoyo a las actividades de nuestra Universidad y, muy especialmente, del ICEI. Esta inicial propuesta fue hecha suya por dos Departamentos de Economía Aplicada y avalada por unanimidad por la Junta de Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, que la elevó al Rector. Quiero agradecer aquí el apoyo de todos los compañeros de esta Facultad y la diligencia y buen criterio de la decana, que hizo suya la iniciativa y la apoyó con entusiasmo y acierto.

Debo ahora referirme de forma más expresa al profesor Ocampo, que es al que remite esta laudatio, sabiendo que el profesor Carlos Berzosa hará lo propio con respecto a Valpy FitzGerlad.

Pues bien, he de empezar señalando que nos encontramos ante una rara avis del mundo académico en economía. A falta de mejor término, yo diría que estamos ante un economista global.

Decía Keynes en una frase muchas veces citada, que “El economista debe poseer una rara combinación de dones. Debe alcanzar un elevado estándar en diferentes direcciones y debe combinar talentos que a menudo no se encuentran juntos. Debe ser, en cierta medida, matemático, historiador, estadista y filósofo. Debe entender símbolos y hablar con palabras. Debe contemplar lo particular a la luz de lo general y tocar lo abstracto y lo concreto en el mismo vuelo de su pensamiento. Debe estudiar el presente a la luz del pasado para los propósitos del futuro. Ninguna parte de la naturaleza humana o sus instituciones debe estar completamente fuera de su consideración”.

Habrà quien interprete estas palabras como una proyección autovalorativa del propio Keynes, habida cuenta del elevado grado en que su poliédrica personalidad

cumplía esos requerimientos. Pero, si no fuera por lo ucrónico de la propuesta, uno podría pensar que Keynes, en realidad, tenía a José Antonio Ocampo en mente al relatar esas virtudes.

Porque, en una combinación muy poco frecuente, el profesor Ocampo atesora, por una parte, un amplio y respetado bagaje académico, traducido en una obra amplísima, enormemente inspiradora, pero, por otra, la experiencia de un decisor de políticas, que ha ocupado cargos de máxima responsabilidad en instituciones centrales de la gobernanza económica, en los ámbitos nacional, regional y global.

José Antonio Ocampo fue en su país, Colombia, dos veces ministro, de Agricultura y Desarrollo Rural y de Hacienda y Crédito Público. Así mismo, fue director del Departamento Nacional de Planeación y director también de FEDESARROLLO, uno de los centros más activos de investigación y pensamiento en materia económica y social en América Latina.

En el ámbito regional, asumió la Secretaría Ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina de Naciones Unidas, la CEPAL. Bajo su dirección, esa institución recobró el aliento intelectual, la capacidad propositiva y la originalidad que la habían caracterizado en sus orígenes. Fue un período ciertamente creativo en el que la CEPAL amplió el espectro de sus temas de interés, incluyendo o fortaleciendo ámbitos como la sostenibilidad ambiental, la equidad de género, las finanzas internacionales o la gestión macroeconómica. Bajo la inspiración de Ocampo hubo un cierto retorno de la CEPAL a un estructuralismo, obligadamente renovado, en diálogo creativo con aportaciones procedentes del pensamiento postkeynesiano, al que por cierto Ocampo contribuyó con un Reading muy leído, y

también con las aportaciones de la nueva teoría del desarrollo humano que se gesta en torno a Amartya Sen, a la que Ocampo nutrió con sus estudios.

José Antonio Ocampo fue, además, Secretario General Adjunto de las Naciones Unidas para Asuntos Económicos y Sociales. También en este puesto dejó su huella, dando un nuevo tono más analítico a los informes del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales que encabezaba, poniendo en marcha nuevas iniciativas, como el Development Cooperation Forum, para trasladar a Naciones Unidas los debates sobre cooperación antes reservados a la OCDE, o reactivando otras instancias, como el Committee for Development Policy, un comité asesor de expertos al que tengo el honor de pertenecer y que Ocampo actualmente preside.

Una larga y exitosa carrera profesional, pues, que habrá de prolongarse en el futuro, en nuevos ámbitos de responsabilidad. Y una larga y exitosa carrera, también, en el ámbito académico e investigador, con aportaciones relevantes en una gama casi inconcebible de áreas del saber económico.

No es ocioso señalar, al respecto, que el profesor Ocampo se formó, en la Universidad de Notre Dame, en dos disciplinas distintas, economía y sociología. Dos disciplinas, que si bien debieran estar hermanadas, con demasiada frecuencia viven de espaldas la una a la otra, para perjuicio de ambas. Con la Economía Ocampo aprendió que la unidad de análisis la conformaba el individuo: un sujeto cognoscente y racional, que operaba de forma autónoma, de acuerdo a una función de decisión consistente, a la búsqueda de la máxima utilidad. Con la Sociología aprendió, por su parte, que el sujeto de análisis era el grupo y que los individuos conforman sus decisiones de acuerdo a factores de identidad e interés que, en gran medida, se gestan de modo colectivo, en el marco de las relaciones asimétricas que

articulan la sociedad. Dos enfoques metodológicos distintos que, creo yo, le dieron a Ocampo las herramientas para entender de modo más completo y cabal la dinámica de cambio social que está en la base del progreso, que le ayudaron a ampliar el espectro de su mirada analítica y le dieron armas para mantener un sano escepticismo frente a las formas más extremas del rigorismo neoclásico.

Con este bagaje, José Antonio Ocampo cultivó muy diversos temas. En primer lugar, la historia económica: es autor de la más difundida historia económica de Colombia, su país; y, más recientemente, ha hecho, en colaboración con Luis Bértola, una de las más sugerentes historias económicas de América Latina. Ha estudiado los procesos de desarrollo e industrialización de las economías periféricas, subrayando el papel de la complejidad productiva y del cambio estructural como factores clave del progreso: factores que, por cierto, han sido relegados en las modelizaciones más canónicas de la teoría del crecimiento. Ha estudiado ámbitos diversos de las relaciones económicas internacionales, como el comercio, las migraciones, la cooperación o la tecnología, poniendo siempre en evidencia las asimetrías que rigen el sistema internacional y sus consecuencias para una distribución más equitativa de las oportunidades de progreso. Ha estudiado las dimensiones sociales del desarrollo, relacionadas con el diseño de las políticas públicas o la calidad de las democracias. Y, en fin, ha dedicado muchas de sus energías más recientes a indagar las imperfecciones del sistema financiero y monetario internacional, su débil regulación y sus consecuencias para los países en desarrollo. A este tema se han dedicado buena parte de sus libros más recientes, algunos de ellos firmados con el premio Nobel, Joseph Stiglitz. Su insistencia en la necesidad de ampliar el espacio nacional para el diseño de políticas contra-cíclicas, utilizando –si es el caso– el recurso a la regulación de la cuenta de capital fue una

propuesta muy silenciada en su momento que ha acabado por imponerse hoy como afirmación compartida, incluso por quienes entonces la negaban. Y, en fin, es un experto, como pocos, en el estudio de la realidad económica y social de América Latina, siendo el editor, con Jaime Ros, del Oxford Handbook of Latin American Economics.

En todos estos ámbitos Ocampo ha sabido aportar rigor intelectual, capacidad creativa y un muy sano espíritu crítico y reformista, que le ha obligado, con demasiada frecuencia, a nadar contra corriente. En reconocimiento a este trabajo, el profesor José Antonio Ocampo ha recibido, entre otros, el premio Jaume Vicens Vives, otorgado por la Asociación Española de Historia Económica al mejor libro de historia económica en el bienio 2010-11; ha recibido el prestigioso Premio Leontief al Avance de las Fronteras del Pensamiento Económico, otorgado por la Universidad de Tufts; y ha recibido el Premio Nacional de Ciencias “Alejandro Ángel Escobar”, en su país.

Acompañando a su producción intelectual e investigadora, el profesor Ocampo ha desarrollado una amplia actividad docente en muy diversas Universidades. Ha sido profesor de la Universidad de los Andes y de la Universidad Nacional, dos de las mejores Universidades de Colombia, y ha sido profesor visitante en las Universidades de Cambridge, Yale y Oxford. Actualmente, es profesor de la Universidad de Columbia, Director del Programa de Desarrollo Económico y Político de la Escuela de Asuntos Públicos e Internacionales (SIPA) de esa Universidad, miembro del Comité de Asuntos Globales y co-Presidente, con Joseph Stiglitz, de la Iniciativa para el Dialogo de Políticas, también allí ubicadas.

No es extraño, que con esta acumulación de saberes, desde muy diversas instancias internacionales se recurra a José Antonio Ocampo para que actúe como asesor, analista o consultor en muy diversos temas. Sería imposible citar todos los informes o estudios elaborados en esa condición, pero quizá merezca la pena señalar dos. Ocampo fue co-director del Proyecto del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo y de la Organización de Estados Americanos sobre una “Agenda para una democracia de ciudadanía en América Latina”, un trabajo que inspiró informes hermanos elaborados aquí, en nuestro país, sobre la calidad de la democracia en España; y fue miembro también de la Comisión de Expertos sobre Reforma del Sistema Monetario y Financiero Internacional convocada por la Asamblea General de Naciones Unidas, cuyo informe sigue siendo notablemente inspirador en la actualidad.

Como alguno de ustedes probablemente recuerde, Felipe González dijo en una ocasión que Manuel Fraga tenía al Estado en la cabeza, aludiendo con ello a sus vastos saberes sobre el Estado y todos sus recovecos. Aunque me cueste hacer la analogía por el diferente talante de las personalidades respectivas, me atrevería a decir que José Antonio Ocampo tiene el sistema económico internacional en su cabeza. Pocos tienen una visión tan comprehensiva e informada de las tendencias, políticas e instituciones del sistema internacional. Muchas de ellas, además, conocidas por él –como diría José Martí- “desde las entrañas del monstruo”. Es ese conocimiento el que le convirtió, en 2012, en candidato a la presidencia del Banco Mundial, a instancias de un grupo de países en desarrollo, encabezados por la República Dominicana y Brasil. Solo esa perversión de los criterios del buen gobierno a la que se entregan Estados Unidos y Europa, repartiéndose las direcciones del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, hicieron que

el candidato norteamericano se impusiera por encima de la candidatura de Ocampo.

Déjenme terminar aludiendo a un rasgo más personal. Para quienes hemos tenido la fortuna de trabajar cerca del profesor Ocampo sabemos que, más allá de sus logros académicos y profesionales, destaca su talante y su calidad humana. Apelando a la analogía que empleó Flaubert para definir el estilo literario, diríamos que Ocampo maneja sus muchos conocimientos con la naturalidad de un nadador avezado que se desliza sobre el agua sin que apenas se aprecie el esfuerzo: lejos, pues, de ese remolino de brazos, de ese chapoteo estéril, de mucha espuma y poco rendimiento al que en ocasiones es tan propicia la vida académica. En un mundo de tanto ruido, posee ese bien escaso y apreciado que es saber escuchar; y hacerlo con el interés de quien está a la espera de un hallazgo, de una idea provechosa brindada por su interlocutor, no importa cuál sea su nivel o rango. Trabajador infatigable, es una persona generosa con su tiempo, siempre dispuesta a abrir una conversación inteligente, a la lectura atenta y crítica de los trabajos que se le presentan y a alimentar la inquietud intelectual y el compromiso investigador de quienes se le acercan. Sin duda, las mejores virtudes que se pueden predicar de un profesor. Con ellas ha extendido la amplia nómina de quienes se sienten en permanente e impagable (esta vez sí impagable) deuda intelectual con él. Entre ellos, el que les habla. Muchas gracias